

hace el Cholo, uno de los personajes del cuento, de “Los heraldos negros” de César Vallejo, podría contarse entre las mejores críticas que se han hecho sobre dicho poema.

Hasta la página 114 todos los cuentos comienzan con el nombre y apellido de un personaje, recurso que se retoma en el cuento que comienza en la página 130 y luego de nuevo en la 177 hasta el final. La mención del nombre en el incipit instala al personaje en el eje de la narración, porque el meollo del cuento no radica tanto en la anécdota como en la persona involucrada en ella y en lo que siente, lo que piensa. Y es interesante ver a personajes comunes y corrientes, desde obreros a profesores universitarios, empresarios, políticos, en situaciones inusitadas. En lo denso de la realidad que describe, hay también, reitero, un aire de misterio, que brota del alma de los personajes mismos: seres misteriosos y al mismo tiempo sumamente reales. En suma, se trata de un libro que pone a pensar y que llega al corazón del lector.

ISAAC GOLDEMBERG  
ANLE y *Hostos College*

Damis, José Luis. *Laberinto I. Los lamentos de los Minotauros*. Buenos Aires: Biblos, 2014, ISBN: 9789876912341

En una época inundada por el absurdo, el sin sentido y la confusión, cuando pareciera que la única certeza es la falta de certezas, la edición de un libro que retoma los principales tropos de la filosofía en su devenir histórico es todo un acontecimiento, más allá de lo editorial. En este caso ante la publicación de *Laberinto I. Los lamentos de los Minotauros*, son varios los aspectos a destacar; aquí comentaremos cuatro.

El primero tiene que ver con la audaz misión del autor, quien en esta obra se plantea el problema de fondo que ocupó a los filósofos: la verdad, esa inquietud de los orígenes. Damis reedita el hábito —entre olvidado y soslayado— de las profundas meditaciones para exhumar los dilemas eje de toda reflexión filosófica y su tarea primigenia: la búsqueda de la verdad. Porque en más de 25 siglos de filosofía esa premisa básica se fue desdibujando en el horizonte de la reflexión. Como en los 360 cielos de Basílides, aquella legendaria figura del

gnosticismo, la divinidad —en este caso la verdad— fue diluyéndose en cada descenso (época), hasta llegar a las más recientes, “en la que tiende a cero”. Con el correr del tiempo, la preocupación por la verdad de los pensadores más recientes —o al menos el horizonte de su búsqueda— fue diluyéndose hasta casi desaparecer. El bosque-verdad se perdió de vista, con ella la búsqueda de su esencia o espíritu, y entonces los eruditos acabaron discutiendo sobre la nervadura de las hojas en el Gran Acelerador de Partículas de Ginebra. Porque la ciencia terminó ocupando el trono más alto de la autoridad del conocimiento contemporáneo. Según algunas tradiciones Periandro, uno de los siete sabios de la Grecia antigua, preclásica, insistía en su exhortación a ocuparse del Todo, *melete to pan*. Es decir —siguiendo con la analogía forestal— enfocarse en comprender al bosque, su espíritu profundo, en lugar de discutir por la dicotomía entre hojas o espinas. En estas páginas el profesor Damis indaga con lucidez, procurando develar el espíritu del bosque, desandando sus *sendas perdidas*, que van de Anaximandro y los presocráticos, hasta el *dasein* heideggeriano del siglo XX. Valiéndose de un estilo simple y directo despliega los principales temas que ocuparon a los pensadores, con un hilo conductor de fondo funcional a la sugerencia de Periandro.

En los 33 capítulos de este libro, alternando épocas, obras y teorías, parece ir cumpliéndose esa premisa. El autor entrecruza hábilmente escenas de diversos tiempos y escenarios —desde el cinosargo de los albores del primer capítulo, hasta culminar en el umbral del desierto nietzscheano del capítulo final— en un recorrido en el que se despliegan ámbitos disímiles, pero interrelacionados. Asoma Barack Obama y sus obsesiones, las del poder casi absoluto tan cercano a las compulsiones homicidas en la indagación del perfil moral bidimensional de un personaje de los Simpsons; de allí se salta a la profundidad metafísica de un cuadro de Rembrandt, pasando por las íntimas cavilaciones de un Galileo ante la Inquisición, la hora final de aquella mónada sutil llamada Leibniz, el contrapunto entre Hume y sus pares franceses, o las pujas internas de los románticos alemanes del siglo XVIII.

Los diálogos y comentarios bordean el límite entre lo onírico y lo real, el rigor histórico alterna con escenas acaso imaginadas, pero verosímiles. En cada curva o rincón de este *claro laberinto* (la expresión es de Borges, a propósito de la obra de Spinoza) se desocultan aspectos claves de las permanentes inquietudes humanas: el Ser, el

tiempo, la trascendencia, el mundo, la moral, el mal, el sufrimiento, el poder, la muerte...

El segundo elemento notable es el método con que el autor va desglosando los temas que aborda, al que denomina irreverente, en una temprana advertencia que lejos está de rigideces y formalismos. Como en un eco del argumento aristotélico avisa al lector que es *amicus veritas* más que de academicismos almidonados. Los enfoques sorprenden al evocar ideas, sin por ello perder rigor, ni lucidez al repasar los asuntos que afiebraron las mentes más destacadas de Occidente. Con este objetivo se vale en ciertos pasajes del texto de lo mejor de la sabiduría de Oriente, en una dialéctica Este-Oeste, si cabe.

El método irreverente conlleva al tercer aspecto, formal, de estilo: su prosa ágil, clara, que combina simpleza y contundencia, prescinde de barroquismos incluso al abordar asuntos complejos o ideas sutiles. Si “la claridad es la cortesía del filósofo”, en este caso lo prístino de lo expresado (o sugerido) supera la premisa orteguiana.

Damis escribe de un modo accesible incluso para aquellos no tan familiarizados con la filosofía más académica, sistémica. En *Laberinto I* el planteo de los problemas y temas se capta fácilmente. Eso ya marca una gran diferencia con la tónica habitual de este tipo de escritos, en los que los filósofos parecen competir por ver quién es más críptico y abstruso.

Y *last but not least*, el cuarto elemento. En este minucioso recorrido —intrincado, no laberíntico— el autor postula una categoría que no pareció vislumbrar la antropología: la minotaureidad, concepto mítico, híbrido entre lo animal y lo divino (aunque validado por el pensamiento racional) y que parece acertar la clave para interpretar las desventura de la criatura humana en este trozo de roca que gira por el espacio.

Transitando nuevamente el puente que va del mito a la filosofía racionalista, el autor rehabilita la figura del Minotauro para postularlo como la mejor aproximación conceptual a ese enigma ancestral: qué es el hombre. Un Minotauro que opera como un espejo incómodo para los hombres, pero innegable. Sus profundos estados de conciencia, desnudados en varios pasajes del libro, resulta otro de sus inquietantes postulados.

Y en las entrelíneas lleva las palabras al límite. En su esfuerzo por descorrer el velo a la verdad, o a las eventuales pruebas que de ella pueden hallarse, Damis conduce las palabras al fondo de sus

posibilidades. Más no se puede. Por eso el *apeiron* y el Tao son indecibles. Y el resto es silencio... imprescindible para enfrascarse en esta recomendable lectura.

FERNANDO GÓMEZ  
Escritor y periodista

Abend van Dalen, Raquel. *Sobre las fábricas*. New York: Sudaquia, 2014, 154 p. ISBN: 1938978773

Si en una primera ojeada a la más reciente colección de poemas de Raquel Abend van Dalen a duras penas se vislumbra el sesgo narrativo, la frecuentación de sus versos irá revelándolo con toda su capacidad de evocación. Afirmarlo no equivale a reducir la empresa lírica a un traslado o adaptación de materiales provenientes de otros géneros, sino a postular que la lectura de poesía reposa en la reconstrucción de situaciones imaginarias donde la palabra se carga del sentido o la inmediatez necesarios para quien la recibe. No siempre la voz lírica ofrece el andamiaje que permite realizar tales operaciones, pero en el caso de nuestra autora los elementos propiciatorios son múltiples —como lo fueron en la poesía trovadoresca medieval o la antipoesía y los exteriorismos de la segunda mitad del siglo XX—. Sin comprometerse absolutamente con ninguna de esas tradiciones, *Sobre las fábricas* sabe usar su legado aportándole una urgida expresividad que rebasa el testimonio y eleva el canto a la zona donde los referentes dejan de ser individuos o colectividades específicos y se orientan a lo transpersonal. Algo de cancionero tiene este libro: una materia común articula sus distintas composiciones. Al principio, por ejemplo, abundan las alusiones a una separación que se verifica tanto en la intimidad de la protagonista como en sus tensas relaciones con un entorno social:

Me dijeron que nací  
en una cama oculta y ajena [...]  
Me dijeron todo sobre el desarraigo  
sobre la terquedad feroz de la ciudad. (pp. 19-20)